

"Jerusalén... ¡Jerusalén! Tú que matas a los profetas y apedreas a los mensajeros que Dios te envía: ¡cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos bajo las alas! Pero no quisiste. Miren, pues, que el hogar de ustedes va a quedar abandonado. Porque les digo que ya no volverán a verme hasta que llegue el tiempo en que ustedes digan: bendito el que viene en el nombre del Señor."

Estas palabras, dichas por Jesús poco después de su enérgica controversia con los Fariseos, y los secuaces de Herodes, fueron recogidas por el Evangelista San Mateo, en el capítulo 24, versículo 37 del Nuevo Testamento.

Narra después cómo, al salir del Templo de Salomón, dice a los discípulos: "Aquel no va a quedar ni una piedra encima de otra. Todo será destruido". Fueron entonces al Monte de los Olivos y allí, al ser preguntado sobre cuándo iban a suceder tales cosas, les explicó Jesús, entre otras palabras, lo siguiente: "Una nación peleará contra otra y un país hará guerra contra otro. Y habrá hambres, enfermedades y terremotos en muchos lugares. Todo esto será apenas el comienzo de lo que se va a sufrir".

¿Se está cumpliendo, acaso, en el confuso presente de estas tierras legendarias, la fatídica premonición del evangelista?... Ayer y hoy se mezclan, en sorprendente ensamble, en los acontecimientos de ese rincón del mundo en que transcurrió la vida de seres tan extraordinarios como David, maravilloso pastor que llegó a ser Rey y compuso los Salmos; Salomón, sabio y poderoso, autor de El Cantar de los Cantares; y Jesús de Nazaret, a quien la ciudad recibió con palmas y vitores y luego lo crucificó sobre el Gólgota.



Por
Carlos
Irigoyén
Sierra

Peregrinos marchan en procesión en el Monte de los Olivos, en Jerusalén. Arriba, al fondo aparece la Iglesia rusa y abajo, al fondo, la Iglesia de Getsemani.

Lecturas de Semana Santa

Jerusalén, Ayer y Hoy

EL PASADO

No existe una ciudad que posea tan antiguos y asombrosos registros en su historia como Jerusalén. Situada en la Palestina, entre colinas y valles a 750 metros sobre el nivel del mar, los idiomas y las religiones desde tiempos inmemoriales. Llamada por los árabes Al Kuda; por los hebreos Sión, la ciudad se hizo célebre desde que los hombres, en los albores de la civilización, fundaron los primeros reinos.

Los primeros patriarcas hebreos habían recibido de Jehová la promesa de una tierra fértil y rica, conocida entonces por Canaán (la Palestina actual) donde habitaban tribus paganas e idólatras: los pueblos de los Amorreos y Cananeos. Tras del cautiverio en Egipto, los hebreos vagaron por el desierto, luchando con numerosas tribus, bajo la guía de Moisés, quien los condujo a "la tierra Prometida".

Al morir Moisés (quien sólo llegó a verla, pero no puso en ella su planta) tomó el mando Josué, logrando conquistarla, dividiéndola en las 12 tribus de Israel. Saúl, primer rey de Israel, mantuvo intensas guerras con los Filisteos, a quienes derrotó un pastor adolescente: David, dando muerte a Goliath y poniéndose al frente de los ejércitos israelitas. Proclamado Rey, David fundó la ciudad de Jerusalén junto a las colinas de Sión y planeó las obras de un suntuoso templo consagrado a Jehová, que terminó su hijo y sucesor, el sabio y poderoso rey Salomón.

La fama del esplendor y la sabiduría de aquel reino convirtió a Jerusalén en una de las ciudades más admirables de aquellos tiempos bíblicos. Y en sucesivas etapas de la historia, ha sido el eje de los más variados acontecimientos de la humanidad. Invadida por Nabucodonosor, Rey de Babilonia, fue destruida en el 586 AC y reconstruida por Herodes el Grande. Fue bajo este rey hebreo que se produjo el nacimiento de Jesús en el portal de Belén.

Pero mucho antes, Jerusalén había estado sucesivamente bajo el dominio de poderosos reyes guerreros que luchaban continuamente entre sí. Ciro, Rey de los Persas, conquistó a Babilonia y permitió el regreso de los hebreos cautivos a Jerusalén; los persas, a su vez fueron sometidos por Alejandro Magno, de Macedonia; más tarde, Egipcios y Sirios fueron árbitros de las tierras de Canaán. Todos estos reyes confiaron el manejo de la ciudad a los sacerdotes judíos, que llegaron a formar una casta dominante y establecieron en Jerusalén un gran centro religioso, mientras sometían al pueblo al poder político de los sucesivos conquistadores.

Antico IV, de Siria, temeroso del poder creciente de Roma, quiso establecer hábitos griegos en Jerusalén y en 168 antes de Cristo erigió un templo a Zeus (supremo dios del Olimpo de Grecia) forzando a los hebreos a abandonar su culto a Jehová. El pueblo de Israel se sublevó y tres años después, con Judas Macabeo como líder, reconstruyeron el famoso templo de Salomón y

volvieron a consagrarlo al culto de sus Dios.

Cuando Jesús inició sus prédicas en Galilea, el pueblo judío se hallaba bajo la confusión de dos tendencias: los Fariseos y los Saduceos. Cuya pugna por el poder religioso había desvirtuado muchos aspectos de la Ley Judalca y creaba desorientación en las prácticas religiosas.

Jesús trajo la Buena Nueva o el Nuevo Testamento, anunciando el reino de Dios y estableciendo la doctrina del amor, en una nueva interpretación de las antiguas escrituras. Reconocido como el anunciado Mesías, como el Salvador, los Fariseos se enfrentaron a él y en complicidad con Herodes le acusaron de herejía y de ser un agitador contra Roma.

Ejercía el poder en Judea (nombre que los romanos daban a Palestina) el Procurador Poncio Pilatos, en nombre del César, cuyos ejércitos eran los conquistadores más recientes de Jerusalén. Bajo su mandato ocurrieron los extraordinarios acontecimientos de la Pasión, aunque el guerrero de Roma se marginó, dejando toda la responsabilidad del hecho a los judíos, con su célebre acto de "lavarse las manos", ante la muchedumbre exaltada.

Ya en la era cristiana, numerosas revueltas contra Roma agitaron la tierra israelita, y en el 70 A. D. los romanos quemaron el Templo, del cual sólo quedó la muralla occidental. En el año 135 el emperador Adriano, decidido a eliminar la presencia hebrea en

Jerusalén, nombró a la ciudad Aelia Capitolina, levantó un templo a Júpiter en el sitio donde estuvo el de Salomón y expulsó a los Judíos de Palestina. Esta fue la Diáspora o el gran exilio del pueblo hebreo, que se dispersó por todo el resto del mundo. Pero, fieles a su tradición y a las profecías del Antiguo Testamento, los judíos mantuvieron a través del tiempo la unidad racial y religiosa, alentados por la convicción de que algún día Yahvé (nombre que dan a nuestro Jehová) les permitiría retornar a la gran ciudad sagrada de Sión, la legendaria Jerusalén fundada por David.

Durante la Diáspora, Jerusalén siguió pasando de uno a otro dominio: los persas desalojaron a Roma, para ser luego desalojados por los árabes, que construyeron una gran Mezquita sobre la roca en que, según la religión musulmana, Mahoma ascendió a los cielos. En la Edad Media los reyes cristianos de Europa organizaron Las Cruzadas una serie de expediciones militares para reconquistar "El Santo Sepulcro" y expulsar a los musulmanes de Jerusalén. Pero en 1517 los Turcos Otomanos volvieron a tomar el control. Así, Jerusalén se convirtió en la ciudad sagrada de los judíos, los cristianos y los mahometanos.

EL PRESENTE

Durante la Primera Guerra Mundial (1917) Inglaterra tomó Jerusalén, desplazando a los turcos. Los hebreos habían fundado a Tel-Aviv en 1909 infiltrándose poco a poco en Palestina, mediante un sistema de ayuda internacional para crear "el hogar nacional judío", el movimiento Sionista, o de retorno a Sión. En 1922 la Liga de las Naciones decidió que Palestina quedara como "Territorio bajo Mandato" confiado a Inglaterra y aprobó la Declaración Balfour para establecer un Estado de Israel.

Los países árabes, opuestos al Sionismo, reclamaron su derecho sobre Palestina, y cuando en 1948 cesó el "mandato británico" y se estableció el Estado de Israel, los árabes lo atacaron dividiéndose Jerusalén en dos sectores: el Este,

controlado por tropas de Jordania; y el Oeste, en manos hebreas. Sin embargo, la parte antigua de la ciudad quedó en el sector jordano, privando a los Judíos de sus principales lugares sagrados, especialmente la vieja muralla de las ruinas del Templo de Salomón.

En 1956 Egipto (unido al bloque árabe) volvió a remover el conflicto, nacionalizando el Canal de Suez y negó a Israel el paso de sus naves por el Canal, lo que provocó una "guerra relámpago" en la que Israel, unido a Francia e Inglaterra, invadió la península del Sinal y la franja de Gaza, acordándose un armisticio sin llegar a un tratado de paz definitivo. Al tratar de restablecer el bloqueo en 1967 los egipcios sufrieron una nueva derrota: en la "Guerra de los Seis Días" los israelíes extendieron sus tropas a todo el Sinal, Gaza y la franja oeste del río Jordán, ocuparon toda la ciudad de Jerusalén, la orilla oriental del Canal de Suez y las estratégicas alturas de Golán, en Siria. Por mediación de las potencias europeas hubo un cese al fuego y la retirada de tropas israelíes de una parte de esos territorios. Pero Israel mantiene su decisión de retener a Jerusalén totalmente y hasta ahora no se ha logrado armonizar un tratado de paz que solucione definitivamente el conflicto de la región.

El respaldo que dan las potencias a los intereses en pugna amenaza, de no hallarse un entendimiento, con provocar un estallido bélico que en cualquier momento podría ser inicio de otra devastadora guerra mundial.

La Jerusalén de hoy, físicamente, es una muestra eflorescente de todo el largo proceso en la civilización humana. De un lado, la Vieja Ciudad, donde aún se conservan los rastros de primitivas épocas. Los jardines del Huerto de Getsemani, el Monte de los Olivos y algunas de las calles que recorriera el Señor cargando la cruz son una viva evocación del Evangelio. Casi intactos, los milenarios edificios de la Tumba de Absalom, la de Zacarías, y la de Bene Hezir, se conservan como joyas inapreciables del Antiguo Testamento.